

SUMARIO

LA UTOPIA EN LA ESTELA DEL PENSAMIENTO POLÍTICO

Presentación, <i>por José María Hernández</i>	5
Geniales gérmenes de ideas. La búsqueda de la perfección política de Atenas a Utopía, <i>por Giulia Sissa</i>	9
La utopía entre la ética y la política: reconsideración, <i>por Carlos Gómez</i>	39
Pensar utópicamente: política y literatura, <i>por Krishan Kumar</i>	65
Utopía <i>versus</i> política, <i>por Ángel Rivero</i>	81

Artículos y secciones especiales

Continuidad y cambio en la filosofía política del siglo XX, <i>por Pablo Badillo O'Farrell</i>	97
Justicia distributiva, eticidad democrática y ciudadanía, <i>por Gustavo Pereira</i>	113
Ciudadanía y justicia global: la estructura trágica de las responsabilidades comunes, <i>por David Álvarez</i>	139

Entrevista

Tres dimensiones de la ciudadanía. (Entrevista con Otfried Höffe), <i>por Elisabeth Schwabe</i>	161
--	-----

Debate

<i>Las raíces económicas del deterioro ecológico y social según José Manuel Naredo</i> Naredo frente a los dogmas, contra la servidumbre voluntaria. Notas sobre <i>Raíces económicas del deterioro ecológico y social</i> , <i>por Juan Torres</i>	175
Un comentario sobre <i>Raíces económicas del deterioro ecológico y social</i> , <i>por Miren Etxezarreta</i>	181
Otra economía es posible, <i>por Manuel Santos Redondo</i>	189

Comentarios suscitados por las tres reseñas adjuntas de su libro <i>Raíces económicas del deterioro ecológico y social</i> , por José Manuel Naredo	193
Crítica de libros	
Otras voces, otros ámbitos: la recepción hispano-americana del pensamiento político derridiano, por Adrián Vázquez Fernández	201
El realismo cosmopolita; una propuesta metodológica, política y normativa (Ulrich Beck, <i>La mirada cosmopolita o la guerra es la paz</i>), por Tomeu Sales Gelabert	210
La filosofía política de Agamben (Alfonso Galindo, <i>Política y mesianismo. Giorgio Agamben</i>), por Marta García Alonso	215
Fronteras y construcción nacional a debate (Will Kymlicka, <i>Fronteras territoriales. Una perspectiva liberal igualitarista</i> , presentación de Miguel Carbonell y traducción de Karla Pérez Portilla), por Noelia González Cámara	217
La justicia más allá de Rawls (Martha C. Nussbaum: <i>Frontiers of Justice. Disability, Nationality, Species Membership</i>), por Daniel Loewe	220
Una singular defensa del pluralismo (Jorge V. Arregui, <i>La pluralidad de la razón</i>), por Núria Sara Miras Boronat	226
Legitimidad y humanitarismo (<i>Del humanismo al humanitarismo</i> , coord. José Manuel Bermudo), por Mónica Gómez Salazar	230
Maquiavelo contra sus mitos (Francesco Bausi, <i>Machiavelli</i>), por Marcelo Alberto Barbuto	236
La Constitución, base de la identidad europea (E. Balibar, <i>Europe, Constitution, Frontière</i>), por Francisco José Martínez Martínez	240
Biografía de Manuel Sacristán (J.R. Capella, <i>La práctica de Manuel Sacristán. Una biografía política</i>), por Antonio García-Santesmases	244
Resúmenes / Abstracts	249

DEBATE

*Las raíces económicas del deterioro ecológico
y social según José Manuel Naredo*

NAREDO FRENTE A LOS DOGMAS, CONTRA LA SERVIDUMBRE VOLUNTARIA. NOTAS SOBRE *RAÍCES ECONÓMICAS DEL DETERIORO ECOLÓGICO Y SOCIAL. MÁS ALLÁ DE LOS DOGMAS* DE J.M. NAREDO

Juan Torres

En mi opinión, José Manuel Naredo quizá sea el economista español que ha desarrollado con más extensión y rigor un paradigma alternativo frente al dogma económico dominante. Su último libro que aquí comentamos es una especie de compendio del pensamiento que ha ido desarrollando en los últimos años de modo que no es fácil acercarse a él para tratar de señalar sus aspectos más importantes, sus aristas más discutibles o las cuestiones que nos parezcan más sugestivas o merecedoras de debate.

El libro, en realidad, no contiene tesis que resulten novedosas para quienes han seguido la obra anterior de Naredo pero tiene la virtud, sin embargo, de presentar el conjunto de sus ideas de una manera sistemática e integrada, lo que sin duda favorece la divulgación del análisis y de los enfoques económicos alternativos que con tanta calidad ha venido desarrollando en los últimos años.

Este alcance divulgativo es importante porque la ortodoxia económica dominante se ha vuelto verdaderamente autista y tiende continuamente a despreciar y silenciar todo lo que signifique salirse del camino trazado por los paradigmas al uso. Para corroborarlo, ni siquiera es necesario comprobar que la sabiduría convencional que puebla las revistas más referenciadas apenas se hace eco de tra-

bajos como los que realiza Naredo. Basta con llevar a cabo una somera o informal encuesta en nuestras aulas o salas de profesores universitarios para comprobar hasta qué punto es desconocida la literatura económica heterodoxa y los autores que, a pesar de todo y con bastante rigor, la siguen creando.

Sólo desde ese punto de vista es ya bienvenida una obra que, aunque desde una perspectiva metodológica y paradigmática única, se aproxima a un abanico bastante plural de temas, realmente, los más candentes y de mayor influencia a la hora de conformar el vector de realizaciones, por utilizar la terminología de Amartya Sen, de los que al fin y al cabo depende el bienestar de los seres humanos.

Puesto que el libro se desarrolla más bien en horizontal, abordando temáticas diferenciadas aunque unidas por un mismo hilo conductor, y sin entrar en profundidad en algunas de ellas, me parece oportuno hacer alguna breve consideración sobre la obra anterior de Naredo.

Como he dicho ya, me parece que sus trabajos, además de rigurosos bastante abundantes, tienen dos características que no es que se echen en falta en este último libro pero que quizá no aparecen tan evidentes como en otros anteriores.

Me refiero, en primer lugar, a que la obra de Naredo se ha fundamentado en una gran medida en la aproximación empírica a la realidad, en su percepción muy diáfana y contrastada hasta donde esto último puede hacerse con el instrumental hoy día disponible. Aunque alguno de sus grandes textos (como *La economía en evolución*)¹ son estrictamente teóricos, una gran parte de su obra, por no decir que casi toda ella, se ha realizado recurriendo constantemente a la contrastación empírica de sus postulados y conclusiones, algo que, a pesar de su pretendida cientificidad, no suele ser habitual en la formulación de los planteamientos teóricos básicos sobre los que se sostiene la economía convencional u ortodoxa.

Una segunda característica de la obra de Naredo es que es, por utilizar un término quizá algo manido, estrictamente paradigmática en el sentido de que se resuelve sin restricciones en el entorno que nace del desarrollo de un principio fundamental: la necesidad de incorporar todas las dimensiones del mundo físico y material en el análisis de los fenómenos económicos puesto que éstos se desenvuelven (modificándolo y siendo modificados por él) inevitablemente en su seno.

Una última cuestión que me parece relevante destacar es que Naredo ha generado también una producción científica cuyos resultados son claramente operativos desde el punto de vista social, es decir, estrictamente aplicable y aplicada a la realidad circundante.

Me interesa destacar todo ello porque entre los mitos de los que suele nutrirse el pensamiento convencional (y no sólo el económico) se encuentra el que considera que el análisis alternativo o heterodoxo en cualquiera de sus formulaciones es «utópico», irrealizable en la práctica y por definición carente de la más mínima utilidad inmediata para la sociedad (un tipo de juicios que realmente resultan sorprendentes a la

vista del irrealismo contumaz en que, por el contrario, se desenvuelven los modelos ortodoxos).

Como se pone de relieve en este libro, los postulados ecointegradores que hilan las tesis que allí se desarrollan requieren avanzar no solamente en el terreno algo más difuso de los grandes principios teóricos relativos a la naturaleza de los seres humanos (y no sólo de los objetos de intercambio), a su condición como especie (y no sólo como individuos), a la actividad económica como práctica social (y no sólo como mera rutina productiva o comercial), o a todo el abanico de valores e indicadores que pueden servir de medida o referencia de la vida económica (y no sólo a los monetarios). Es preciso también que estos principios se construyan socialmente, es decir, que surjan como resultado de experiencias de cambio social efectivo y como manifestaciones de un pensamiento capaz de mostrar la realidad desde otras perspectivas operativas distintas a las que utiliza el pensamiento económico convencional. Me refiero, por ejemplo, a los instrumentos de conocimiento físico y territorial de los problemas ecológicos del espacio, a las metodologías que permitan percibir la producción de mercancías no sólo en su virtual expresión monetaria sino como parte del metabolismo físico de la sociedad, entre otros. Todos los cuales han sido puestos en uso analítico por Naredo y otros autores en otros trabajos y que en este último libro se apuntan aunque lógicamente con un menor desarrollo que en obras anteriores.

Quiero decir con todo esto que esta última obra de Naredo no es (como quizá pudiera parecer al recorrer casi a vista de pájaro las diferentes dimensiones del problema social que analiza, que no es otro que el de la vinculación entre un tipo de actividad económica dada y el deterioro social y ecológico que le es consustancial) una simple disquisición de principios abstractos o de

desiderata, el apunte inicial de una nueva problemática, sino que es el resultado de una reflexión continuada durante muchos años y en muchas obras científicas en las que se pueden encontrar el desarrollo en *vertical* de casi la totalidad de las cuestiones que se plantean.

El libro, como en general la obra de Naredo en su conjunto, refleja el intento de abordar «el problema ambiental» que genera el modo de plantear y resolver los problemas económicos de nuestra civilización pero entendido desde la perspectiva omnicomprensiva o ecologizante que se considera la única que puede incorporar los diversos planos que conforman el nudo gordiano de un problema como éste.

Por esa razón, el libro —insisto, la obra toda de Naredo que es lo que realmente está detrás de esta última publicación— no es, ni podía serlo, un texto sobre el problema ambiental, sino que es, tiene que serlo, al mismo tiempo, muchas cosas más.

En primer lugar, una revisión de las ideas y la ideología de la economía y particularmente de la economía del desarrollo, de las finanzas, del medio ambiente o de los más recientes enfoques económicos sobre la sostenibilidad.

Naredo realizó ya en la obra que cité más arriba una revisión magistral de la historia del pensamiento económico para poner de relieve la fuente y el alcance de los mitos y de los dogmas que han llevado a que la economía derive hacia un tipo de retórica irreal y en la que de ninguna manera puede haber el problema ambiental en su expresión auténtica: como expresión de un tipo de metabolismo social que no se traduce en los valores monetarios que son los que únicamente toma como referencia la economía ortodoxa.

Esta revisión, que no sólo se presenta ahora de forma resumida en las primeras páginas del libro sino que va aflorando también en todos los capítulos, es fundamental

para desvelar las claves de la impotencia del análisis económico ortodoxo y para poner de relieve que su intento de incorporación de los problemas ambientales (la economía ambiental a partir del concepto de externalidad, la teoría del desarrollo sin renunciar al exclusivo marco referencial de los valores monetarios o el propio concepto de sostenibilidad integrados en el paradigma del crecimiento económico) no lleva sino a construir, en el mejor de los casos, una «nana encantadora», como calificó Nicholas Georgescu-Roegen la asunción de la idea de sostenibilidad manteniendo la creencia en el crecimiento infinito.

Esta parte del libro es la que directamente se encamina a desmontar los dogmas para ir, como se dice en el subtítulo, más allá de ellos, hacia un conocimiento de la acción de los seres humanos en la sociedad y de la economía de la naturaleza más realista y respetuoso con las leyes de la vida.

En el libro realmente se deconstruyen los conceptos (si es que las categorías hoy dominantes en el lenguaje económico pudieran realmente considerarse como verdaderos conceptos) con los que se reviste la liturgia del saber económico convencional.

Uno tras otro, Naredo va mostrando el vacío enorme que hay tras categorías aparentemente autosignificativas como crecimiento, producción, desarrollo, trabajo, comercio, dinero... que dejan comúnmente de lado las cuestiones esenciales que implican para su entorno físico, su efecto real sobre las condiciones del universo y de la vida material.

Al desvelar que la arquitectura de pensamiento económico convencional se levanta en el aire porque ninguno de estos conceptos tiene verdaderamente en cuenta la vida material, Naredo no sólo descubre su pobreza teórica radical sino que demuestra la paradoja que subraya Jacques Grinevald cuando dice que «la ciencia económica moderna, típica de la civilización urbano-

industrial de Occidente, es a la vez demasiado poco materialista, puesto que ignora la naturaleza (la Tierra, el medio ambiente, los recursos naturales, la contaminación), y demasiado materialista, porque no comprende que el verdadero «producto» del proceso económico no puede ser un flujo material entrópico (nada menos que recursos de baja entropía transformados en residuos de alta entropía) [...] La finalidad propiamente humana —y a decir verdad también biológica— del proceso económico es esencialmente inmaterial, espiritual si queremos expresarnos como Bergson, y consiste en el disfrute de la vida misma».²

Paralelamente, y precisamente porque el pensamiento de Naredo ha crecido como un modo de intervención sobre el entorno, esto es, como una auténtica práctica social, en el libro se presenta también el modo en que se desenvuelve el análisis de la vida económica desde una perspectiva ecoecologista capaz de «reconciliar en una misma raíz *eco* la utilidad y el bienestar propugnados por la economía con la estabilidad analizada por la ecología» (p. 99).

La vinculación que permite realizar este tipo de análisis entre los fenómenos monetarios, comerciales, financieros, tecnológicos, etc. de los que se ocupa sin más la economía convencional y las secuelas físicas que deja sobre la vida material el tipo de relaciones sociales de todo tipo que comportan, es fundamental para poder entender lo que ocurre en nuestro mundo y, sobre todo, para poder prevenir lo que puede ocurrir si no se modifican las tendencias.

Como dice Naredo «la pretensión de avanzar hacia un mundo social y ecológicamente más equilibrado y estable sin cuestionar las actuales tendencias expansivas de los activos financieros, los agregados monetarios y la mercantilización de la vida en general es algo tan ingenuo y desinformado que raya en la estupidez» (p. 106). Y eso es así, porque hoy día el comercio, las finanzas y la

mitología del crecimiento que ampara las reglas que los regulan «generan, distribuyen y orientan la capacidad de compra sobre el planeta que mueve la extracción de recursos y la emisión de residuos característica de la sociedad industrial, ocasionando el creciente deterioro ambiental» (p. 106).

Lo interesante es subrayar que esas conclusiones no son de ningún modo ideológicas sino el simple resultado de considerar y valorar al mismo tiempo, y a diferencia de lo que hace la economía convencional, los flujos monetarios y los ciclos materiales vinculados al consumo de energía y de recursos naturales.

La diferencia entre el enfoque convencional y el que desarrolla Naredo es, por lo tanto, radical porque este último contiene elementos de valoración que toman en cuenta los costes de reposición de los recursos que conlleva un determinado tipo de flujo comercial o financiero en lugar de limitarse a tomar nota de su mera y formal expresión monetaria. Enclaustrados en el universo formal de los valores monetarios, como dice Naredo, es imposible descubrir y entender el mundo físico en que realmente se producen los fenómenos sociales, en el que efectivamente se desenvuelve nuestra vida y del que verdaderamente depende el grado de satisfacción o frustración en que se resuelva la condición de los seres humanos.

Naredo ha utilizado en otros trabajos estos nuevos procedimientos de contabilidad social, ecológica y energética, para mostrar, como también se hace aunque de forma más somera en el libro, los efectos en el territorio de los flujos económicos y para caracterizar de un modo mucho más realista la naturaleza del modo de vida económica y del modelo de crecimiento en el que estamos inmersos. Una percepción a la que de ningún modo puede llegar el análisis económico convencional.

Una de las cuestiones que me parece que este libro una vez más permite poner de

evidencia es la urgente exigencia social de poner en marcha un nuevo sistema global de información, el desarrollo de nuevos sistemas de contabilidad energética global que permitan descubrir y evaluar (para luego rectificar) los verdaderos impactos de la actividad económica sobre el planeta, una tarea que, como acabo de señalar, ha realizado, aunque lógicamente a menor escala, José Manuel Naredo en algunos otros de sus trabajos anteriores.

La utilización de este tipo de instrumental metodológico y analítico permite que el libro contenga una tercera aportación no menos relevante: la revisión de la situación de la economía y la sociedad mundial desde la perspectiva de la interrelación entre la producción de materiales y su impacto energético y medioambiental, es decir, el análisis del «metabolismo» de nuestra sociedad. Los lectores no habituados a este tipo de análisis descubrirán el gran interés que ofrece contemplar este proceso a la hora, por ejemplo, de comparar los modelos productivos como generadores de asimetrías, de constatar la progresiva y desigual desmaterialización de las relaciones económicas o simplemente de evaluar su alcance real como productores de satisfacción social, incluso desde el mero punto de vista de la producción de bienes materiales.

Y, junto a ello, también se encuentra finalmente una exposición del modelo de desarrollo económico español, que si bien no es demasiado profunda si es enteramente suficiente para que los lectores se hagan una idea adecuada de su naturaleza y limitaciones inminentes.

La otra gran problemática que se incluye en el libro se refiere a la preocupación de Naredo por lo que llama «la persistencia de los dogmas», es decir, de lo que él mismo señala como «la trágica perpetuación de malentendidos y creencias que los esfuerzos de la razón no consiguen desenterrar por muy endeble y descarriados que sean sus apoyos lógicos y empíricos» (p. 113).

Esta parte del libro parte de una inteligente posición de su autor, que dice estar ahora más preocupado de «por qué la gente no se rebela» que de «racionalizar por qué la gente debe rebelarse contra la opresión o la explotación —como hacía, por ejemplo, la teoría marxista de la plusvalía» (p. 115). Algo que según él no debe sorprendernos «cuando varios autores han subrayado la natural tendencia de la gente al conformismo y a la obediencia» (p. 116).

Es interesante cómo plantea Naredo la cuestión, desvelando en el campo de la economía el origen de los dogmas y de las perversiones del pensamiento y del lenguaje cerrado y autorreferencial que pervierte la percepción de la realidad. Sin embargo, quizá se echa en falta en este discurso algo sobre lo que la economía ecológica pasa a menudo demasiado de puntillas, a semejanza en este aspecto de la economía convencional: la interconexión entre la actividad económica y la generación de los valores y los vectores éticos de los que en última instancia van a nacer las preferencias y, por tanto, las conductas legitimadoras o rebeldes de los seres humanos.

Es verdad que el lenguaje de los científicos, los dogmas y la generalización de «malentendidos» en el campo de la razón son factores fundamentales para que la conducta humana sea conformista y legitimadora del orden social establecido, como expone magistralmente Naredo, pero quizá hubiera que considerar algo más que eso, incorporando en el propio corazón del análisis económico (igual que se hace con los factores relativos al mundo físico que rodea la vida económica) el papel de la ética, del poder, de los valores subjetivos en la actividad económica. No es fácil, desde luego; y por eso quizá sea necesario para ello un tipo de enfoque algo más omnicomprende y aún más globalizante, en mi opinión más en la línea de la comprensión globalmente ecológizante de Edgar Morin —que para Naredo no parece ser más

que un intento «loable» de construir un pensamiento complejo (p. 135).

En todo caso, lo que Naredo consigue mostrar me parece a mí que con toda rotundidad es que la economía ortodoxa dominante se ha construido a partir de una manifiesta distorsión de la realidad que circunda a los fenómenos económicos (o quizá, mejor dicho, sencillamente, soslayándola), una distorsión que proviene, como he destacado antes, de la insistencia en utilizar información monetaria para llevar a cabo la gestión de los recursos. Y, además, que los intentos que realiza para tratar de incorporar en el análisis económico las variables ambientales, los aspectos físicos, territoriales y medioambientales en general, sólo han servido para realizar una especie de lavado de cara y, sobre todo, para mantener el mito del crecimiento ilimitado porque los sistemas de medición que se utilizan (concebidos para registrar tan sólo valores monetarios) computan los costes de extracción y manejo de los recursos pero no los de reposición. Algo que no sólo incentiva el deterioro sino que, además, es la causa de las profundas desigualdades sociales y territoriales de nuestro tiempo, precisamente, porque al ni siquiera poder percatarse de su origen en el uso dispar de los recursos, lógicamente tampoco pueden ser corregidas.

Como no podía ser de otra forma, el discurso de Naredo no es ajeno, sino todo lo contrario, a la consideración de los factores de poder y voluntad política que, en realidad, constituyen la barrera más importante a la hora de avanzar hacia instrumentos y desarrollos teóricos que corrijan el deterioro ambiental que genera la actividad económica aunque en el campo de las propuestas operativas no se avanza demasiado en este texto, aunque hay algunas ideas novedosas, al menos, en el ámbito del pensamiento social más extendido, como la de limitar la capacidad de creación de dinero financiero y, desde luego, las que

tienen que ver con los sistemas de percepción del metabolismo social y de información y evaluación de los impactos de los flujos económicos sobre la naturaleza.

Finalmente, me gustaría destacar que un libro comprometido y sabio como el de Naredo es, al mismo tiempo, riguroso y radical, medido y a veces brutal, como brutal es la dimensión del deterioro que viene implicando una civilización como la nuestra que ha convertido en depredadora a la especie humana. Pero depredadora no sólo de la biosfera, sino que, como señala Naredo, ha llegado a ser también depredadora «de sus propios congéneres, llegando a escindirse profundamente como especie. La polarización social entre países, regiones o barrios es tan extremada que origina patrones demográficos tan diferentes como los que se observan en la naturaleza entre especies distintas. Pero, a diferencia de otros depredadores, los individuos o grupos humanos no ejercen hoy generalmente su dominio apoyándose en una estructura corporal mejor dotada en tamaño, olfato, vista, colmillos o garras, sino utilizando las reglas del juego y los instrumentos económicos-financieros imperantes para dotarse de medios exosomáticos de intervención y diferenciación social cada vez más potentes» (p. 218).

Cuando todo ello ocurre para salvaguardar el paradigma del comercio y la competencia, resulta clarividente un juicio como el de Franz Hinkelammert al recordar que el presidente de una multinacional como Nestlé demandaba a sus ejecutivos «instinto asesino», o que autores de éxito como Jack Trout establecen que la «competencia asesina» es el ideal de la competencia: «tenemos que volver a un mundo —dice Hinkelammert— en que a aquellos que sirven al instinto asesino se les considere asesinos, en vez de verlos como promotores mefistofélicos del progreso, porque el progreso que promueven se ha hecho mortal».³

NOTAS

1. José Manuel Naredo (2003), *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*. Siglo XXI, Madrid.

2. Jacques Grinevald (2006), «Georgescu-Roegen: Bioeconomía y biosfera». En Colectivo Re-

vista Silence, *Objetivo decrecimiento. ¿Podemos seguir creciendo hasta el infinito en un planeta finito?* Leqtor Discrepancias, Barcelona, p. 76.

3. Franz Hinkelammert (2005), *Solidaridad o suicidio colectivo*. Universidad de Granada, Granada, pp. 119 y 122.

UN COMENTARIO SOBRE RAÍCES ECONÓMICAS DEL DETERIORO ECOLÓGICO Y SOCIAL. MÁS ALLÁ DE LOS DOGMAS

Miren Etxezarreta

Éste es, por ahora, el último libro de Naredo. Consiste en una especie de compendio del pensamiento sobre el tema que ha acumulado en sus muchos años de trabajo y de su vasta obra publicada. Interpreto que es una apretada síntesis para un público amplio de las principales ideas que ha reunido durante sus muchos y fructíferos años de dedicación al tema de la ecología y de la crítica a la economía. Cuando al socaire de la popularización del tema ecológico, surgen ahora, casi como las setas, tantos ecologistas de última hora, es sugerente tener la oportunidad de conocer la síntesis de su propio pensamiento de uno de los pioneros en este tema en el estado español. Sólo por esto ya es un libro interesante.

Podría decirse que en este trabajo se integran y articulan inextricablemente (por lo menos) tres importantes líneas de argumentación: su tratamiento del tema ecológico, su crítica a la economía ortodoxa, y al mismo tiempo, una revisión panorámica sobre la etapa actual del capitalismo, especialmente en su vertiente financiera. Lo que enriquece y blinda metodológicamente su trabajo, al mismo tiempo que muestra la soli-

dez de sus conocimientos y su erudición. Pero, al mismo tiempo, en algunos capítulos esta precisa fundamentación se convierte en una especie de digresión de los argumentos esenciales, lo que dificulta el seguir las líneas principales de su razonamiento y, por lo menos a mí, me hace sentir incapaz de sintetizarla en una dimensión viable (mi primer intento tiene 36 páginas). Para quien quiera conocer lo que Naredo dice en esta obra, es imprescindible su lectura directa. Por otra parte, para muchos de los lectores de estas líneas los planteamientos básicos de Naredo son probablemente suficientemente conocidos como para no necesitar una descripción detallada de los mismos. De modo que obvio incluso un intento de síntesis y me dedicaré exclusivamente a comentar sobre algunos puntos que me parecen de mayor interés por su novedad o por presentar aspectos que, a mi juicio pueden ser controvertidos. Lo siento si el lector no comparte mi criterio y hubiera preferido una reseña más convencional.

En el libro de Naredo está casi todo. Quiero decir que se tratan muchísimos de los temas que me parecen importantes y cla-

ves para una comprensión del tema ecológico y de la sociedad actual. Integrando la economía, la ecología y la etapa actual del capitalismo, en particular en su vertiente financiera, el autor hace un análisis de lo que considera los principales elementos y relaciones que conducen a la situación ecológica actual.

En su primera parte, desvela las enormes deficiencias de la economía convencional para integrar los temas ambientales y propugna un enfoque ecointegrador, muestra las falacias que permiten mantener el tema ambiental dentro de la economía convencional, explora el metabolismo de la sociedad industrial, y lo enmarca en la dinámica actual del capitalismo, especialmente en sus aspectos financieros, para lograr una explicación de la inviabilidad del desarrollo actual y de las enormes desigualdades territoriales y sociales que el sistema actual implica.

En esta parte me han interesado particularmente su enérgico argumento contra la idea de la creciente desmaterialización de las sociedades actuales, que no sólo considera errónea, sino «deliberadamente inducida para eclipsar las preocupaciones que deberían contribuir a que tal desmaterialización se produzca realmente con generalidad» (56). Asimismo, es muy sugerente su análisis de lo que supone un enfoque que «utiliza el razonamiento monetario como guía suprema de la gestión» (66), basado en la producción y el crecimiento, ignorando el coste de adquisición y de reposición, causa, para él de las desigualdades territoriales; lo que completado con la dinámica financiera actual «permite a los países más ricos y poderosos posibilidades de financiación que van mucho más allá de lo que les permitiría el comercio, ampliando considerablemente su capacidad de compra sobre el mundo de los ricos y, por ende, el flujo neto de energía y materiales que reciben desde el resto del mundo, que les ayu-

da a cuidar la calidad de su medio ambiente local. Pero la “globalización” de la extracción y el comercio de recursos traen consigo el alcance también “global” de los residuos, que, a diferencia del modelo anterior trasciende la escala local. Produciéndose así una globalización de las extracciones e impactos destructivos y contaminantes de la especie humana sobre el planeta, que corre pareja a las globalizaciones económico-financieras y militares que la apuntalan y promueven» (95).

El análisis de Naredo en esta primera parte desvela importantes aspectos de la realidad actual y de la situación del tema ecológico, con una amplia interpretación crítica, tanto de la misma como de la ciencia económica en que se apoya, que no puedo menos de alegrarme de que sean hechas y que comparto. Celebro una gran parte de sus afirmaciones parciales, las podría hacer mías sin dudar y me satisface grandemente que una persona del prestigio de Naredo las plantee una vez más. Son necesarias, importantes, interesantes y muy oportunas en la coyuntura actual.

Pero no me queda más remedio que decir también que, en el capítulo de conclusión a su primera parte, me ha resultado difícil entender las posiciones de Naredo. Inicia el capítulo con lo que se puede interpretar como una defensa del *statu quo*, continúa con una alabanza a ideas muy liberales y, al final del capítulo realiza unas recomendaciones, en mi lectura, muy alejadas de estos dos primeros aspectos. Me resulta muy trabajoso reconciliar estas distintas posiciones.

Afirma «Cuando la práctica totalidad del planeta ya ha sido apropiada, el problema ecológico no estriba tanto en *socializar, redistribuir o privatizar esa propiedad*, como en establecer unas reglas del juego que faciliten la conservación del patrimonio natural, *cualquiera que sea su titularidad* en vez de su acelerada explotación-destruc-

ción, practicada hoy tanto por particulares como por empresas o administraciones de índole diversa... (mis cursivas). Se trata que el sistema económico actual “coevolucione” hacia un sistema ecointegrador, que reconcilie la utilidad y el bienestar propugnados por la economía con la estabilidad analizada por la ecología... La cuestión clave es si esa “coevolución” se produce o no». (99) Y expone cómo sería la sociedad industrial reconvertida hacia el modelo de la biosfera, de una forma que me ha parecido un sistema meramente mecánico, sin la presencia de instituciones sociales y en el que para nada aparecen los agentes que toman las decisiones mayores en la sociedad. Para él esta evolución depende que se replantee el modo de *gestión* imperante, pero añade «las entidades encargadas de velar por un sistema monetario internacional que se revela incompatible con la estabilidad, no sólo ecológica, sino financiera, no piensan en cambiarlo» (101).

En este párrafo parecen quedar claras las prioridades de Naredo: «la conservación del patrimonio natural en vez de su acelerada explotación-destrucción», así como su aceptación en toda regla del *statu quo* respecto a la propiedad y distribución de la riqueza social: «cualquiera que sea su titularidad». El único problema es que se produzca o no una «coevolución» hacia un sistema ecointegrador «que facilite dicha conservación». No se puede objetar a una opción personal, pero me pregunto si es posible tratar a la propiedad y la distribución que de la misma resulta, como elementos no relevantes para avanzar hacia la «ecointegración». En el mejor de los casos me parece una deficiente identificación de las raíces del problema, que sólo puede dificultar una genuina solución.

Se adentra a continuación en una especie de apología del liberalismo, que me resulta difícil de situar tras los capítulos anteriores y de aceptar en este autor.

Me sorprende enormemente cuando al considerar las alternativas se manifiesta en contra del intervencionismo y mantiene que «el ejercicio de la libertad se facilita con el establecimiento de reglas de juego aplicables para todos, cuya inequívoca claridad permita a la vez reducir los conflictos y las arbitrariedades (y desigualdades) fruto del actual intervencionismo...» (102).¹ Y que «Precisamente para evitar el intervencionismo de los bancos centrales y las crisis financieras...» no le parezcan mal algunas recomendaciones de los teóricos del liberalismo, aun señalando que son las de Mises, Hayek y Friedman; quiero suponer que porque cree que «el capitalismo hegemónico hace un uso oportunista de las ideas liberales» (101). Tanto su comentario sobre la tasa Tobin, así como su referencia a la distracción de los movimientos antiglobalización que luchan por el antiliberalismo en vez del capitalismo —que comparto— no me parece que obligan necesariamente a aceptar la bondad de las recomendaciones de los liberales más extremos. Ideas, además, contradictorias, ya que frente al liberalismo con el que parece simpatizar pide que «se realicen sólo inversiones de gran seguridad». ¿Cómo se asegurará de esto en dicho régimen liberal?

Sorpresa mayor porque Naredo, que entiende perfectamente el poder del capital —«El mero hecho que los paraísos fiscales, donde los capitales escapan a las reglas establecidas por los estados y los organismos financieros internacionales, gocen de buena salud es algo tan vergonzoso como revelador de la supeditación de los estados y organismos internacionales a los intereses del capitalismo transnacional»— (106), propugna que con el objetivo de evitar «la socialización de pérdidas y privatización de beneficios a una escala sin precedentes» (104) se podrían contemplar desde la reimplantación del patrón oro, en un extremo, hasta la permisividad en la creación de di-

nero, controlada por un verdadero Banco Mundial «a fin de conciliar la libertad de empresa con la necesidad financiera sin necesidad de organismos estatales o internacionales de intervención y salvamento» (105), pronunciándose, por «soluciones transparentes y consensuadas al más amplio nivel, que mantengan al menos un equilibrio coherente entre regulación y medios de intervención: a más regulación se necesitarían menos medios de intervención y viceversa».

A mi juicio el problema de estas propuestas, independientemente del juicio técnico que puedan merecer las mismas y en el que no entraré, no reside en que «el problema estriba en que estas propuestas son escasamente conocidas» (103), sino que su realización supondría el hundimiento de lo que supone el capitalismo actual, que es algo que en ningún momento estudia este autor. En este apartado Naredo aparece con opiniones de un acendrado individualismo no sólo contrarias a la intervención pública, sino aparentemente convencido de que es ésta una de las principales razones del problema, casi emulando a Friedman y Buchanan.

Más adelante en el mismo capítulo, sin embargo, vuelve a su línea más general, alejada del liberalismo de los párrafos precedentes. Sitúa la responsabilidad de la situación en la expansión financiera «La pretensión de avanzar hacia un mundo social y ecológicamente más equilibrado y estable sin cuestionar las actuales tendencias expansivas de los activos financieros, los agregados monetarios y la mercantilización de la vida en general es algo tan ingenuo y desinformado *que raya en la estupidez* (mis cursivas) «[...] no cabe corregir de forma significativa «el problema ambiental» sin modificar las reglas del juego que hoy orientan el comercio y las finanzas del mundo y sin cuestionar la mitología del crecimiento que las ampara. Ya que ambos generan, distribuyen y orientan la capacidad de compra

sobre el planeta que mueve la extracción de recursos y la emisión de residuos característica de la sociedad industrial, ocasionando el creciente deterioro ambiental» (106). «En cuanto al comercio... replantear en su raíz los propios criterios de valoración vigentes, especialmente con un sistema de valoración energética global y la voluntad de utilizarlo para corregir los criterios de valoración». Además, en sus propuestas de cambio presupone que éstas modifican la idea de sistema económico, de crecimiento, de desarrollo, de calidad o nivel de vida, y reconoce que sólo se darán si hay presión social. Me parece difícil conciliar esta parte con su fuerte defensa del liberalismo en los párrafos anteriores. Cuando se refiere a «cambiar las reglas del juego», me figuro que no está propugnando una evolución hacia el liberalismo.

Probablemente son las deficiencias de mi lectura, pero la verdad es que me resulta confuso y contradictorio, casi como si fuera un capítulo que se ha deslizado en este lugar inadvertidamente, y no sé realmente cuál es la verdadera posición del autor.

En la segunda parte, que adecuadamente titula «Sobre la persistencia de los dogmas» revisa, efectivamente unos cuantos elementos base de la economía y de la ciencia convencional, y añade un capítulo sobre el desarrollo económico español. Inicia esta segunda parte preguntándose, «¿qué es lo que hace que triunfen y se mantengan inmunes a la crítica determinadas ideas y modos de pensar a la vez que otros se ven arrinconados?, ¿cuáles son —en suma— los mecanismos que gobiernan *la selección social* de ideas y planteamientos triunfantes?» (114).

Interesante el capítulo dedicado al análisis de «la tendencia a conformarse con el *statu quo*... que se ve apuntalada hoy, no tanto por la fuerza bruta como por la dependencia económica, que contribuye a mantener la sumisión y la deferencia en el

trato hacia los ricos y poderosos» (116) lo que hace mediante el análisis de las relaciones que ligan la ideología, el lenguaje y la percepción de la realidad. Sobre ellas llega a la percepción que «los poderosos consiguen imponer sus metáforas para avalar decisiones y acciones concretas construyendo un lenguaje racionalizador muy sutil que «encubre las contradicciones y conflictos que alberga la realidad» (143), y que, a través tanto de la manipulación del lenguaje como la represión de las reacciones críticas y reivindicativas de las personas logran, en suma, «el funcionamiento normal del proceso social que asegura la adaptación y la sumisión, sin especiales medidas coercitivas respecto a la mente» (144, Marcuse, citado por Naredo).

En el ámbito de la economía, explica que los trabajos más específicos sobre el tema no alcanzan a tocar las cuestiones de fondo o los que lo hacen son ignorados. Ignorancia que no es fruto de ninguna confabulación expresa, sino que resulta del comportamiento normal del mundo académico. (149). Añade que, «El problema estriba en que la mera especialización en el estudio del lenguaje, de las ideas... o del evolucionismo no conduce por sí misma a trascender la *dogmática económica* imperante» (148). Sí, la mayor o menor aceptación académica de textos que impugnen y reorienten el panorama económico actual dependerá en buena medida del peso que tengan las corrientes críticas en la sociedad.

Dedica el resto de esta segunda parte a la revisión crítica, de los conceptos de trabajo y desarrollo en dos amplios capítulos, a los cuales no puedo hacer justicia aquí. Aunque trata aspectos de gran interés no puedo detenerme en ellos, señalando sólo que, en uno, plantea la evolución del concepto de trabajo y la construcción ideológica que supone el concepto actual de trabajo, y en el segundo, insiste en una de sus ideas —fuerza recurrente que es la inviabilidad

del desarrollo económico generalizado para toda la humanidad. Concluye esta segunda parte con el capítulo dedicado al desarrollo económico español en el que aplica de forma muy sugerente su análisis anterior acerca del metabolismo de las economías industriales y sus consecuencias, proporcionando interesantes ideas sobre su trayectoria y perspectivas.

En general los planteamientos de Naredo, en su mayor parte ya conocidos por su obra anterior, me han interesado mucho de nuevo, y repito que tomados aisladamente, tengo que decir que comparto una gran parte de sus explicaciones y afirmaciones. En este sentido doy la bienvenida a su nueva obra, felicito a su autor por la misma y espero que sea ampliamente comentada.

No obstante, encuentro en este trabajo, también, algunos aspectos importantes tratados de forma que me impiden mostrar hacia el mismo el entusiasmo que me hubiera gustado expresar. Ya he señalado antes mi sorpresa ante algunos de los planteamientos que aparecen en la primera parte, pero realizaré a continuación algunos comentarios de carácter más general.

Encuentro en este libro una fuerte reticencia a entrar de lleno en un análisis y una crítica del *sistema económico-social*, como tal sistema. A pesar que el concepto de sistema económico es fuertemente denostado por él, el análisis del mismo parece que se queda siempre en el límite de ciertas fronteras. La frontera que supone la referencia clara a un sistema capitalista explotador de las personas y depredador de la naturaleza. Hay, por supuesto, múltiples referencias al capitalismo, al juego del poder y los poderosos, a las empresas transnacionales, a la dependencia de unos sujetos, a los depredadores y las presas, pero al mismo tiempo una clara inhibición a profundizar en las causas últimas de todos estos elementos. Y escasas referencias a los agentes económicos y sociales que detentan la capacidad de

tomar decisiones que afectan la vida de partes importantes de la población o incluso del conjunto de la humanidad, así como a sus objetivos y motivaciones.

En su trabajo no se trata tanto del sistema capitalista como base de los problemas a los que se hace referencia, sino que es mayormente la expansión financiera de la etapa actual del capitalismo su causante: «el sistema financiero amplifica la polarización social y territorial, al ofrecer a las entidades y los países más ricos y poderosos posibilidades de financiación que van mucho más allá de lo que les permitiría el comercio [...]» (69). «Se trata de cuestionar las actuales tendencias expansivas de los activos financieros, los agregados monetarios y la mercantilización de la vida en general... Los críticos del sistema actual deberían aunar sus protestas con propuestas para replantear el sistema financiero mundial con nuevas reglas del juego e instituciones capaces de gestionarlo desde puntos de vista más elevados que los del negocio de las corporaciones transnacionales y los intereses de los actuales grupos y países beneficiarios» (107). Si se puede mejorar la gestión de ésta (sus referencias a sistemas de control monetario) los problemas podrían resolverse sin una mayor transformación de las relaciones de fondo.

De aquí también su énfasis en la importancia de la gestión, especialmente de la gestión financiera, mientras que explícitamente está dispuesto a ignorar la importancia de la propiedad y la distribución. Tampoco se pregunta qué es lo que lleva a las razones por las que, según él, esa gestión es tan deficiente, cuáles son los criterios por los que la gestión es la que es. Menciona «el razonamiento monetario como guía suprema de gestión» y sus consecuencias respecto a considerar sólo los costes de producción e ignorar los de adquisición y reposición, pero no lleva más lejos su argumento, y, desde luego no establece ninguna

relación entre ésta «guía de gestión» y la propiedad del capital.

Quizá por ello los aspectos sociales no reciben tanta atención como podría esperarse del título del libro. En éste se refiere al deterioro ecológico y social, pero me parece que es un libro sobre ecología y la disciplina de la economía —que ya es mucho—, pero que sólo concede una importancia muy subordinada a lo social. Es verdad que en el texto casi siempre se añade «social» al desequilibrio «territorial» pero no hay ningún tratamiento un poco más detallado de este tema, sino que, al contrario, la otra mención explícita es a que «la distribución no es relevante», acerca de la que ya he comentado más arriba.

Respecto a la distribución hay también otro elemento a comentar: una de las ideas fuerza de Naredo, en este libro y desde hace muchos años, es la inviabilidad física de un desarrollo «a la occidental» para toda la humanidad. Idea que es imposible no compartir. Ahora bien, si se está de acuerdo en la imposibilidad de este tipo de desarrollo, me parece que aceptar este punto requiere, a mi juicio inmediatamente, pero en cualquier caso, en alguna parte de su trabajo, plantearse la problemática de lo que supone el «no desarrollo». En otras palabras, si el «desarrollo» actual de los ricos no es posible para todos, ¿cuál es la situación de los «no desarrollados»? ¿qué hacer con los pobres? Me inquieta que en este libro, que seguro será influyente, ni siquiera se mencione que una situación de «no crecimiento» obliga inevitablemente a plantarse el tema de la distribución de la riqueza mundial. Es curioso y preocupante, que tantos ecologistas que comparten la posición acerca de la imposibilidad del desarrollo generalizado ignoren el tema de la distribución y no se posicionen frente al mismo. Hecho de menos a Harich (que Naredo no cita en su bibliografía) que, si bien planteaba un sistema inviable con la correlación de fuer-

zas del mundo actual, y que incluso podía no parecer deseable a muchos, enfrentó valientemente este tema, dedicándole cuidadosa atención.

Los aspectos políticos, institucionales, sociales, reciben muy somero tratamiento, si alguno. Excepto para denostar el intervencionismo, el Estado se menciona poco, posiblemente porque se considera que ha sido superado por las empresas transnacionales, pero no me parece una razón suficiente, pues son todavía agentes muy relevantes en las decisiones económicas. Tampoco aparecen las políticas. Por el contrario, al referirse a las relaciones económicas internacionales los sujetos son siempre «los países»; sólo alguna vez, pocas, hace referencia a las empresas transnacionales, pero para nada ahonda en su papel en la economía mundial. Ya he señalado que es curioso que haciendo frecuentes referencias al dominio, a los poderosos, a los ricos y los pobres, al capital financiero, no haga ningún intento en explicarse el papel de los distintos agentes, la existencia de estas diferencias y grupos. En general, presenta la sociedad como un conjunto homogéneo de seres sin diferencias de poder, con muy frecuentes referencias a «la humanidad». No le pido al autor que utilice el concepto de clase para su análisis, pero sí que tenga en cuenta que en la humanidad hay poderes muy distintos, relevantes para el análisis que él pretende realizar.

Otro de los aspectos que me produce cierta incomodidad es su planteamiento acerca del poder de las ideas y del conocimiento. Parece que para él, el problema principal es no poder ni querer ver las alternativas porque tienen las mentes embotadas por la mitología imperante. «Son las trabas mentales las que impiden concebir y elaborar nuevos marcos institucionales capaces de reorientar las formas de propiedad, de valoración mercantil, de útiles financieros, de relación laboral y de protección social».

(229). Me parece que hay mucho más que trabas mentales, más bien intereses económicos muy poderosos, en los problemas para la construcción de nuevos marcos institucionales.

Es verdad que el dominio en el mundo de las ideas está siendo crucial para lograr la aceptación conformista del sistema en el que vivimos, y en esta parte su crítica me parece muy válida. Pero también escribe como si el mero cambio de las ideas y la mejora del conocimiento pudiera cambiar el mundo, aunque es demasiado honesto para no verse obligado en algunas ocasiones a afirmar que esto no es suficiente: «El problema estriba en que la mera especialización en el estudio del lenguaje, de las ideas... o del evolucionismo no conduce por sí misma a trascender la *dogmática económica* imperante. Así, la mayor o menor aceptación académica de textos que impugnen y reorienten el panorama económico actual dependerá en buena medida del peso que tengan las corrientes críticas en la sociedad» (148). Pero incluso en estas ocasiones no se adentra mucho en el tema y la importancia de los poderes y los intereses, sobre todo económicos, pero también políticos que están tras estas decisiones no son muy tratados. Creo que las ideas son fundamentales para un cambio social, y he dedicado toda mi vida a luchar en el campo de las ideas, pero eso no me lleva a pensar que las ideas solas pueden ser agentes principales de transformación. En algún punto Naredo señala que «las entidades encargadas de velar por un sistema monetario internacional que se revela incompatible con la estabilidad, no sólo ecológica, sino financiera, no piensan en cambiarlo» (101), lo que es una pequeña muestra de su conciencia de que no sólo es cuestión de ideas o conocimiento, pero no me caben aquí las otras muchas citas en las que parece creer que un cambio en las ideas es capaz de cambiar la situación.

Me parece que esta reticencia suya de penetrar en el fondo del sistema tiene también una incidencia en el lenguaje que utiliza. Sus expresiones son muy moderadas, o, en términos más modernos, políticamente correctas, lo que a menudo le hace ser bastante críptico. ¿Por qué se refiere siempre al razonamiento monetario «la sociedad actual utiliza el razonamiento monetario como guía suprema de la gestión» (66), cuando se está refiriendo a la búsqueda descarnada del beneficio? ¿Por qué habla de «civilización industrial en vez de capitalismo»?² La palabra beneficio creo que aparece una o dos veces en el texto, y no he encontrado ni una sola referencia a la concentración y acumulación del capital. De hecho, tampoco la palabra capital es de las que se utiliza con mayor profusión, y no recuerdo haber leído la palabra especulación a pesar del amplio papel concedido a la globalización financiera. Asimismo en el último capítulo «nuestro país ha pasado de ser un vendedor neto de la propiedad de empresas nacionales al resto del mundo a convertirse en un comprador neto del patrimonio empresarial del resto de los países» (238), ¿no sería más sencillo referirse a la compra de empresas por capital extranjero o a las salidas de capital «nacional» para comprar empresas, que tan largos circunloquios? Cuando señala que para «sacar partido de todos estos enfoques... hay que relativizar la lógica unidimensionalmente monetaria...» (138). ¿Qué significa esta expresión? ¿Quiere decir que tendrá que ponerse en cuestión la búsqueda del beneficio como objetivo principal de la vida económica? ¿Hay alguna razón para tanto eufemismo?

En resumen, en mi opinión, en este libro Naredo, continuando con una tarea iniciada hace muchos años, trata del tema del ecologismo situándolo en una amplia crítica de la sociedad actual, y especialmente de sus aspectos financieros, así como de las graves limitaciones de la ciencia económi-

ca convencional y su falaz tratamiento del tema ecológico. Es un libro de una enorme riqueza de planteamientos. Aborda casi todo lo que hay que decir y, tomados uno a uno, me parecen muy interesantes y, en su mayoría, acertados. Pero, al mismo tiempo, todo el tiempo se percibe que hay algunos territorios en los que rehúsa entrar, especialmente respecto a cuál es el sistema económico que causa todos estos desastres, una especie de reticencia para hablar del capitalismo y, sobre todo, para hablar de la esencia del capitalismo que constituye la explotación del hombre y la naturaleza por el capital. Ahí me parece que hay muchos rodeos y eufemismos, cuando no fallos de identificación serios.

Cuando llega a las soluciones «en la medida en que prospere la percepción de la realidad a partir de las metáforas parasitarias y depredadoras a las que actualmente responde, prosperará también la posibilidad de ponerles coto (de nuevo la fuerza de las ideas) y la voluntad de personas que no quieren jugar el papel ni de depredadoras ni de presas» (y la ignorancia de las cuestiones de poder). (230) Me parece una visión bastante limitada y posibilista, lo que probablemente quizá sea una virtud operativa, pero encaja bastante mal con muchos aspectos de su crítica y la realidad de los poderes fácticos.

Los aspectos que menciono, son para mí inquietantes, porque a reserva de los muchos aspectos de gran validez crítica que plantea, de la abundancia y riqueza de sus argumentos, éstos pueden dejar al lector, sobre todo si éste es un lector de primera instancia, con ideas que, a mi juicio, son erróneas acerca de la dinámica social y la distribución del poder y la riqueza en la misma. Un mucho de cal pero también bastante de arena, que puede hacer que el edificio crítico que pretende construir tenga muchos elementos válidos, pero fundamentos no tan sólidos como los que cabía esperar.

Barcelona, marzo 2006

NOTAS

1. Que son precisamente las reglas que intentan imponer los adalides del neoliberalismo como Friedman o Buchanan.

2. Me figuro que lo hace para englobar a países que sin ser capitalistas pertenecen a la

«civilización industrial» como la URSS en su día, o actualmente China, pero él ya deja muy claro en ciertos puntos que la URSS pertenecía al mismo paradigma industrial que el mundo occidental.

OTRA ECONOMÍA ES POSIBLE

Manuel Santos Redondo*

20 años después de publicar *La economía en evolución* (1987) y bastantes más desde *La evolución de la agricultura en España* (1971) los balances energéticos que llevó a cabo con Pablo Campos (1980), Naredo publica ahora un libro destinado a un público amplio, y que de alguna manera compendia muchas de sus investigaciones anteriores. A pesar de la amplitud de los horizontes del autor en sus investigaciones, creo que existe una coherencia y unidad en todas ellas: la necesidad de utilizar, junto a los instrumentos convencionales de análisis económico, otras mediciones, muchas veces en unidades físicas, y con esa información tomar después decisiones políticas. Esos trabajos prácticos nos aclaran mucho las propuestas concretas de «enfoque eco-integrador» que se defienden de forma genérica como conclusión de la crítica al sistema económico. Además, en la trayectoria del autor, primero fueron los trabajos de economía aplicada y su labor como Estadístico Facultativo y luego sus reflexiones

más generales sobre la ciencia económica. Creo que siguiendo en parte esa misma trayectoria puede entenderse mejor este libro.

Al analizar la agricultura española, Naredo utilizaba contabilidad convencional en dinero pero también mediciones físicas de cantidades de energía o de toneladas de materiales. La agricultura tradicional, preindustrial, presentaba un balance energético positivo, es decir, aportaba más energía de la que consumía, mientras que la agricultura resultado de la revolución verde consumía más energía, en forma de combustibles fósiles y maquinaria, que la que proporcionaban sus productos. Esta medición en cantidades de energía o en toneladas no sustituye a la medición en dinero, pero es tan necesaria como la habitual de los economistas.

El de 1987 es un texto de historia de pensamiento económico, que pretende explicar lo inadecuado de los conceptos clave de la economía convencional. Porque además de estudios concretos que apliquen un enfoque multidisciplinar, hacen falta reflexiones más generales para entender por qué los economistas seguimos haciendo más o menos lo mismo que participemos en discusiones metodológicas.

* Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales. Departamento «Historia e Instituciones Económicas I» (manuel.santos@ccee.ucm.es).

Raíces económicas del deterioro ecológico y social es un libro mixto. Incluye tanto pensamiento económico como estudios empíricos, con uso de variables convencionales, es decir, medidas en dinero, a la vez que las innovadoras medidas en energía o en toneladas de materiales. Sólo así puede entenderse lo que Naredo llama el «metabolismo» de nuestra civilización. Mientras la contabilidad en dinero puede mostrar una aparente buena salud de la sociedad, la contabilidad energética y de materiales puede poner en evidencia un modelo de crecimiento que no se puede sostener y mucho menos ampliar a todo el mundo.

La combinación de los dos análisis, el que mide en dinero y el que mide en eficiencia energética y en flujos de materiales, es lo que dio a Naredo un puesto preeminente entre los estudiosos de la agricultura y de la ecología. Por eso recomiendo, al menos a los economistas, comenzar la lectura de este libro por el último capítulo: «Revisión del desarrollo económico español», donde el autor aplica la metodología que propone, el enfoque eointegrador, para analizar el modelo de desarrollo español. Analiza los flujos financieros, poblacionales, y de energía y materiales, y muestra cómo España se convierte en atractora de capitales, recursos naturales y población; y a partir de 1995 son las empresas españolas las que realizan inversiones en el exterior, a diferencia de lo que ocurrió en la década de 1980, cuando eran los «no residentes» quienes compraban las empresas españolas para introducirse en el mercado del nuevo país europeo. Queda claro que el caso de España, el sector inmobiliario tiene una gran importancia, y la tiene como inversión, compitiendo con los mercados financieros. Y esto no se puede analizar sólo con mediciones en dinero, porque la construcción de viviendas y de infraestructuras es una actividad que consume mucha energía y materiales y que tiene un gran impacto en el territorio, y por tanto es un grave problema ecológico

(p. 254). En esta sociedad, el ecologismo debe preocuparse por el «metabolismo» de la economía española, en la que las viviendas se compran como inversión, con el récord de viviendas secundarias y desocupadas. La conclusión de este capítulo tan empírico y actual, que se apoya en trabajos con Óscar Carpintero, es la misma que en los capítulos de pensamiento económico: lo que llamamos «desarrollo» es imposible de generalizar a todo el planeta, sobre todo por su la ineficiencia ecológico-ambiental; y deberíamos revisar el propio concepto de «desarrollo» de forma que incluya medidas mediciones de flujos físicos, como hace el autor en este libro y en otros estudios.

Por tanto, vemos que la conclusión de Naredo en los trabajos interdisciplinares sobre agricultura, en los que fue pionero; en sus trabajos empíricos sobre los flujos financieros, y en sus trabajos de pensamiento económico, es básicamente la misma y muy coherente: no se puede gestionar bien la economía, ni siquiera hacerse una idea de lo que funciona bien o mal, si contribuye al bienestar o al desastre ecológico, sin incluir la contabilidad de energía y materiales, o de metros cuadrados de suelo destinados a cada uso. Que esa contabilidad no puede sustituir a la puramente económica, lo sabemos los economistas y toda la población. Pero el razonamiento inverso, que la economía no puede ignorar las limitaciones físicas, es igualmente obvio, pero lo olvidamos con frecuencia o no lo queremos saber.

Creo que después de leer este capítulo, el lector puede hacerse una idea del enfoque «eco-integrador» que propone Naredo, y a la vez del amplio uso de herramientas convencionales del análisis económico que implica ese enfoque. Y entonces puede pasar a leer la crítica teórica y metodológica al conjunto de las ideas, metáforas y mediciones habituales de los economistas. Los economistas como profesión tenemos una especie de vacuna de sensatez, que hace que sólo

aceptemos pequeños cambios o críticas desde dentro, que dejan intacto lo esencial del razonamiento económico. Esa aceptación tan interiorizada y socializada es lo que convierte en «dogmas» lo que deberían ser sólo instrumentos de análisis. A veces hacen falta planteamientos radicales; cuando la situación es extrema, lo insensato es no hacerlos. Como economistas y como académicos, la inercia nos lleva a seguir haciendo lo que hemos aprendido y lo que nos proporciona ingresos y prestigio profesional y social; esto es, a alejarnos de cualquier alarmismo y a colaborar en operaciones de imagen como el «crecimiento sostenible,» que resulta imposible sin cambios radicales («Conclusiones y recomendaciones,» p. 106). Esos cambios «exigen contar con presión social y enfoques capaces de alterar el vínculo entre poder y dinero que ha generado la presente situación,» pero también requieren «la revisión de los valores, metas y estilos de vida hoy dominante.» Conclusiones así suenan raras, casi ingenuas y hasta «poco profesionales» para economistas, pero hablar de medio ambiente sin hacer esas recomendaciones es engañar o engañarse.

Schumpeter, que era un admirador de la teoría por la teoría misma, escribió sobre el éxito de la *Teoría General* de Keynes: «en la economía un entusiasmo tal —y, análogamente, una marcada hostilidad— nunca aparece a menos que el frío acero del análisis, en virtud de las reales o supuestas implicaciones políticas que contiene, adquiera una temperatura que no le es propia» (*Historia del análisis económico*, p. 389). Y cita como precedentes de entusiasmos y expresiones ardientes a Marx y a los fisiócratas.

Schumpeter no es el único a quien le gustaría que su ciencia, la economía, quede en manos de los profesionales y lejos del público o de la militancia política. El biólogo español Ramón Margalef se desmarca así del activismo ecologista:

«Afortunadamente, la construcción de la lengua española admite los dos términos, ecólogo y ecologista, con su distinto significado. [...] La ecología, en realidad, no tiene tantas pretensiones [como el ecologismo]. Trata de comprender cómo los organismos, que otras ramas de la biología estudian uno por uno, se insertan en la vida real. Estos conocimientos pueden ser interesantes para el hombre, como especie biológica. En todo caso, las decisiones hay que tomarlas en otro nivel. Algunas de las vaguedades que confunden a la ecología actual, así como el sentido de milicia que infecta [*sic*] a algunos de sus cultivadores se comprenden si se consideran las raíces históricas del pensamiento ecológico. [Pero] sin dejar de ver con interés los mencionados antecedentes culturales, la ecología actual es una ciencia, en el sentido habitual de esta palabra» (Margalef, *Ecología*, 1981, pp. 13-15).

Raíces económicas del deterioro ecológico y social fue presentado en un acto organizado por la organización Attac, que se define como «movimiento internacional por el control democrático de los mercados», en un ambiente más de militancia ecologista e izquierdista que académica. Pero, como dijo entonces Carlos Berzosa, rector de la Universidad Complutense y anfitrión, su fuerza está en los razonamientos, no en las emociones ni la militancia política. Naredo lleva a cabo el frío análisis, pero deja claro que para que se realicen los cambios que propone hace falta esa «temperatura» que Schumpeter consideraba impropia de economistas.

La «temperatura que no le es propia» viene de las conclusiones políticas y prácticas que se deducen del análisis, y también de su retórica. Esa retórica parece anticapitalista y contraria a la economía teórica convencional, pero las propuestas concretas son más bien pragmáticas. En la polémica entre más estado o más mercado, Naredo deja claro que el problema del deterioro ecológico no encaja en ese esquema: «la polémica

ca liberalismo-intervencionismo distrae hoy la atención de la verdadera encrucijada del sistema económico y financiero internacional y de la posible formulación de alternativas razonables, esterilizando con ello los frutos de la protesta» (p. 104). No es sólo que el sistema económico de la Unión Soviética imitó en lo esencial las ambiciones desarrollistas del capitalismo, pero con mucho mayor deterioro ambiental (p. 35); es que en nuestra economía, los particulares, los empresarios y las administraciones contribuyen hoy a la explotación y destrucción del patrimonio natural. Lo que necesitamos es una economía, unos sistemas de información y de gestión y unas «reglas del juego» que incentiven la conservación, sea con propiedad pública o privada (p. 106, «Conclusiones y recomendaciones»).

Por mucho que quiera parecerse a las «ciencias duras», la economía es siempre una ciencia social (p. 18); y aún más cuando se ocupa del medio ambiente o del «deterioro ecológico y social.» Inevitablemente, el análisis y las soluciones son una cuestión ética y política, además de técnica. El economista que se ocupa de estos temas puede ser o no un activista político ecologista; pero difícilmente podrá mantenerse en una torre de marfil profesional. Pero antes de rendirse y dejar paso a los criterios éticos y políticos, la economía, en compañía de otras ciencias, tiene mucho que decir sobre la gestión del planeta y sobre el deterioro ecológico y social.

Lo sorprendente es que la actividad profesional de los economistas se haya convertido en gran parte en una defensa de antemano del *statu quo*, debido a la inercia y los hábitos mentales, por un lado; y a la parcelación y especialización que dominan en el ámbito académico. «Cada vez el pensamiento económico dominante ayuda más a convivir con el continuo deterioro ecológico y la polarización social que ocasiona la sociedad industrial que a controlarlo, paliarlo o evitarlo» (p. 36). Naredo considera que los enfoques de la «economía ambiental», de la «economía ecológica» y de la «ecología industrial» son complementarios, y ése sería el enfoque «eointegrador» (p. 16); aunque afirma de forma contundente: «Pese a mi afán conciliador, he de reconocer que la economía *ambiental* acostumbra a trasladar la función mistificadora propia del enfoque convencional al tratamiento de los recursos naturales o “ambientales”» (p. 17). Pero a pesar de esa retórica tan pesimista, en este libro, además de la crítica a las ideas y las metáforas del capitalismo y de la economía, podemos encontrar también trabajos donde el instrumental de los economistas, dentro de un enfoque pluridisciplinar, arroja luz sobre el problema del deterioro ecológico que da título al libro, en vez de contribuir a sofisticar el análisis a la vez que nos adormece como si nada de lo que ocurre estuviera fuera de control. Y considero que esa es su principal aportación y un motivo para el optimismo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CAMPOS, Pablo y NAREDO, José Manuel (1980): «Los balances energéticos de la agricultura española», *Agricultura y Sociedad*, n.º 15, abril-junio, pp. 163-255.
- CARPINTERO, Oscar (2005): *El metabolismo de la economía española. Recursos naturales y huella ecológica (1955-2000)*, Tegui, Fundación César Manrique.
- MARGALEF, Ramón (1981): *Ecología*. Planeta, Barcelona.
- NAREDO, José Manuel (1987; 3.ª edición, actualizada en 2003): *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Madrid, Siglo XXI.
- [1971] (2004): *La evolución de la agricultura en España (1940-2000)*, Editorial Universidad de Granada.
- SCHUMPETER, J. A. [1954] (1994): *Historia del análisis económico*. Barcelona: Ariel.

COMENTARIOS SUSCITADOS POR LAS TRES RESEÑAS ADJUNTAS DE SU LIBRO: *RAÍCES ECONÓMICAS DEL DETERIORO ECOLÓGICO Y SOCIAL. MÁS ALLÁ DE LOS DOGMAS**

José Manuel Naredo

Agradezco la iniciativa de la revista al elegir mi libro como centro de este bloque de reseñas. La amplia temática tratada en el libro se presta a diferentes lecturas. Al proponer el avance hacia una economía abierta y transdisciplinar, el libro no sólo va dirigido a economistas, sino a personas preocupadas por reflexionar sobre la interacción del universo monetario, propio de la economía ordinaria, con el medio físico y socio-institucional que lo envuelve, sabiendo que esa interacción alcanza dimensiones planetarias y condiciona el devenir de la civilización industrial, tan unida al universalismo capitalista imperante. Esta reflexión, al hurgar en ese elemento hoy tan capital de la ideología dominante que es la ideología económica, tiene evidentes ramificaciones filosóficas, políticas..., y antropológicas. La triple llamada a la comunidad científica de los economistas demandando comentarios para el libro ofrece puntos de interés, porque permite profundizar en aspectos de las corrientes de economía crítica que se hubieran diluido al llevar la reflexión hacia otras disciplinas, aunque también ésta se habría enriquecido con ello, llevando la discusión al contexto más amplio de la revista.¹

Una primera constatación es que la comunidad científica de los economistas no es monolítica, sino que alberga en su seno la disidencia o al menos ciertas dosis de librepensamiento. El hecho de que personas bien asentadas en el mundo académico de los economistas —como lo son los autores

de las tres reseñas adjuntas— saluden con interés un texto rupturista como el mío así lo evidencia. Es cierto que los tres autores no pertenecen a esa «ortodoxia económica dominante» que —según uno de ellos (Torres)— «se ha vuelto verdaderamente autista y tiende continuamente a despreciar y silenciar todo lo que signifique salirse del camino trazado por los paradigmas al uso». Tal vez ese autismo hizo que alguno de los representantes de esa ortodoxia declinara finalmente a hacer la reseña solicitada, avalando que cuando se discute desde fuera del paradigma en el que se desenvuelven, prefieren recurrir al silencio y esperar que pase el chaparrón, contribuyendo a que el libro se olvide, por muy juiciosas que fueran sus consideraciones.² Al neoscurantismo que se deriva de la actual Torre de Babel de las especialidades científicas se añade, así, el de la incomunicación que se observa entre las distintas corrientes que se albergan en el seno de estas especialidades. El horizonte de cambio se vislumbra, así, no tanto porque triunfe por sí sola la razón en el debate científico, sino porque el contexto social potencie este triunfo, al mostrarse favorable a la posible corriente impugnanadora, haciéndola ganar peso y consiguiendo que, al fin, se haga oír y respetar.

Una segunda constatación es que el pensamiento económico que escapa a la ortodoxia dominante dista también mucho de ser monolítico, como evidencia el hecho de que los reseñantes aporten juicios y enfoques que denotan posiciones diferentes, alimentado con ello el interés de este bloque.

* Madrid, Siglo XXI Eds., 2006, 269 pp.

Pese a estas diferencias, me congratula ver que los tres reseñantes sitúan el libro en el contexto más amplio de mis publicaciones, que denotan conocer bien, pese a que muchas de ellas no sean accesibles desde los portales habituales de Internet, ni tampoco figuren en ninguna página Web personal, que no he materializado por pudor y falta de espíritu comercial. Me ha sorprendido muy favorablemente la síntesis de contexto que hace Torres, con quien además no había mantenido contacto personal, a diferencia de los otros dos reseñantes. También me parecen generalmente ajustadas las síntesis que hacen del libro, aunque necesariamente al subrayar ciertos aspectos soslayan otros que puedan parecer dignos de subrayarse.³ Pero más que dedicarme a completar o redundar en las síntesis, descripciones o pretensiones del libro, voy a dedicar mi espacio a las críticas u objeciones que plantea sobre todo uno de los reseñantes: Miren Etxezarreta.

El texto de Etxezarreta ha sido para mí una sorpresa. Conociendo su vehemencia, me encuentro en su texto con tan duras objeciones que denotan que, de alguna manera, la ha enfadado mi libro. ¿Cómo es posible que eso ocurra, cuando Etxezarreta promueve la «economía crítica» y milita desde sus inicios en la asociación que lleva ese nombre? Al analizar sus objeciones veo que comportan toda una serie de malentendidos y prejuicios que denotan que la incomunicación se produce también, lamentablemente, en el seno de la propia economía crítica. Trataré de iluminar esta cuestión importante, que había soslayado al hacer el libro. Cuestión que tiene que ver, a mi juicio, con que parte de esa economía crítica comulga con algunos de los paradigmas propios de la economía convencional o estándar y no alcanza a comprender, así, las reflexiones que desde fuera se plantean. Pero quizá la mejor manera de entrar en materia sea revisar primero las objeciones para concluir después sobre el tema.

Un primer punto, que al parecer molesta especialmente a Etxezarreta, es que según ella hago «una alabanza de ideas muy liberales» o «una especie de apología del liberalismo» y, además, me manifiesto «en contra del intervencionismo». Creía que, como confirma Santos en su reseña, había dejado bien claro en el libro que, a mi juicio, el problema del deterioro ecológico trasciende de la polémica entre más Estado o más mercado..., o entre marxismo y liberalismo, que ha venido ocupando la atención de los economistas. No sólo pongo ejemplos, como el de la Unión Soviética, que denotan que la intervención, e incluso la propiedad estatal, no son suficientes para evitar ese deterioro. Sino que subrayo que «la polémica liberalismo-intervencionismo distrae hoy la atención de la verdadera encrucijada del sistema económico y financiero internacional y de la posible formulación de alternativas razonables, esterilizando con ello los frutos de la protesta» (p. 104). Sobre todo cuando en ella el liberalismo monopoliza la idea de libertad dejando al otro lado un intervencionismo poco presentable y cuando suele pasar desapercibido que las mayores sobredosis de intervencionismo económico, e incluso militar, se operan hoy en el mundo bajo bandera liberal. Aclarar el confusiónismo reinante exige trascender esa polémica desigual y confusa en vez de seguirla atizando a base de hacer profesión de fe en uno u otro sentido. Máxime cuando la idea de libertad recortada al comercio, a la explotación y los negocios por parte de los *liberales*, hizo que ya en el siglo XIX se inventara el neologismo *libertario*⁴ para distinguir a quienes se posicionan a favor de una defensa más amplia de la misma. Aunque siento la aversión propia de muchas mentes libres a someterse a las etiquetas al uso,⁵ si me fuerzan diré que no es la de liberal la que mejor me cuadra, sino la de libertario. Quede claro, pues, que no adopto una posición ecléctica, ni rehuyo a

comprometerme en la polémica indicada, sino que trato de aclarar las cosas desde perspectivas más amplias.

Frente a la actual desregulación e intervención discrecional (a este país se le ayuda desde los organismos internacionales por ser fiel a USA y sus empresas transnacionales, y a este otro no...) propias del actual sistema monetario internacional, me resulta incomprensible que, a alguien crítico, le parezca mal que defienda en el libro «soluciones transparentes y consensuadas que mantengan al menos un equilibrio entre regulación y medios reglados de intervención: a más regulación se necesitaría menos intervención y viceversa». Y me sorprende que Etxezarreta se sorprenda de que yo diga que «el ejercicio de la libertad se facilita con el establecimiento de reglas de juego aplicables a todos, cuya inequívoca claridad permita a la vez reducir los conflictos y las arbitrariedades (y desigualdades) fruto del actual intervencionismo [refiriéndome sobre todo al del FMI]...». ⁶ ¿Acaso considera Etxezarreta mejor las soluciones oscuras y no consensuadas, que amplíen a la vez la desregulación y los medios discrecionales de intervención guiados en la sombra desde el poder?

Creo que sólo la incompreensión o la ofuscación le impiden también aceptar el interés de propuestas más radicales que muchas de las procedentes de «foros alternativos» (como la famosa «tasa Tobin») para desinflar o controlar la capacidad de creación de dinero, por el mero hecho de proceder de algunos adalides del liberalismo que defienden la regulación para evitar o reducir la intervención. La exigencia de mantener una reserva del 100 % de los depósitos bancarios o de aplicarlos sólo a determinadas inversiones de especial naturaleza o garantía (identificando como bancos limitados —*narrow banks*— a los que operen de esa manera) son propuestas de evidente interés para poner coto a la desregulación del actual sis-

tema monetario internacional y deben de ser consideradas cualquiera que sea su procedencia. ⁷ El problema estriba en que la incomunicación antes mencionada se acentúa cuando, desde determinados enfoques o tendencias, se llegan a demonizar ciertos autores y a canonizar otros, abrazando y vetando en bloque sus obras, en vez de invitar a enjuiciarlas libremente, separando el grano de la paja. Esta situación de incomunicación y de enfrentamiento viene espoleada porque, como apunto en el libro, «el actual sistema de poder sólo ha contribuido a divulgar hasta la saciedad declaraciones y publicaciones de economistas liberales que sirven para vender ciertos productos (desreguladores y privatizadores) que le interesan, pero no otros que le incomodan. Este juego mediático ha desviado las críticas de ese mal llamado movimiento “antiglobalización” hacia los demonios del “neoliberalismo” salvaguardando así al capitalismo de carne y hueso que los utiliza como señuelo» (p. 103). Pues el capitalismo no es el resultado de aplicar la utopía liberal, sino un sistema social fruto de una compleja evolución histórica y, como tal, ha utilizando con pragmatismo las ideas más variadas e, incluso, contrapuestas —liberales y autoritarias, reguladoras e intervencionistas, etc., según se acomodaban mejor a sus intereses en cada momento. Insisto que aclarar las cosas exige no confundir liberal con libertario ni, como hace Etxezarreta, liberalismo con *statu quo*, sino denunciar la confusión que genera el hecho de que el superintervencionismo reinante en el mundo opere hoy bajo disfraces liberales..., o de que haya guerras y destrucciones masivas que se presentan con envolturas «humanitarias» y de «defensa de los derechos humanos».

Otro aspecto en el que hacen presa las críticas de Etxezarreta es el que me atribuye «ignorar la importancia de la propiedad y la distribución»; reprobando que «ni si-

quiera mencione que una situación de “no crecimiento” obliga inevitablemente a plantearse el tema de la redistribución de la riqueza mundial»; e incluso me llegue a imputar mi «aceptación en toda regla del *statu quo* respecto a la propiedad y la distribución de la riqueza social», insistiendo además en ello. A la vez que dice que presento «a la sociedad como un conjunto homogéneo de seres sin diferencias de poder». Me dejan de piedra estas apreciaciones, porque francamente no pensaba que el libro, ni ninguna de mis numerosas publicaciones, dieran pie a ellas. Además, su interpretación de que hago una «defensa del *statu quo*» contradice la de otras muchas personas que valoran el libro por todo lo contrario: justo en el momento mismo de escribir estas líneas acabo de recibir la felicitación de un lector que concluye afirmando que «es para mí una alegría ver que sigue habiendo un hilo conductor para “otras” maneras de ver y pensar el mundo, al margen de todos los “*statu quo*” sociales, políticos y económicos». Además hay párrafos concretos del libro que contradicen las apreciaciones de Etxezarreta. Sin ánimo de exhaustividad voy a referirme a algunos.

No cabe decir que ignoro el tema de la propiedad ni las relaciones de poder cuando en la síntesis que hago de las reglas del juego económico imperante a corregir, afirmo que «[...] la polarización social y territorial se ve hoy acentuada por convenciones sociales y acuerdos institucionales dignos de mención. El primero de ellos es el respaldo legal y la aceptación social de derechos de propiedad desigualmente repartidos entre unos ciudadanos que, paradójicamente, acostumbran a definirse iguales en derechos. Con lo cual el juego económico aparece ya sesgado en su origen a favor de unos *afortunados*, frente a una mayoría de *desfavorecidos* [...] El segundo es el respaldo legal y la aceptación social de relaciones laborales *dependientes* a las que se somete la mayoría de la población: el sim-

ple pago de un salario otorga a los *afortunados* el derecho a *mandar* y obliga a los *desfavorecidos* a *obedecer*. Además, las relaciones de poder desequilibradas presentes en los contratos de trabajo se extienden y refuerzan hoy, sobre todo, a través de las cadenas de mando de esas organizaciones jerárquicas y centralizadas que son las empresas capitalistas. En tercer lugar, las normas que rigen hoy esa convención social que es el dinero amplifican notablemente esa polarización social y territorial...» (pp. 68-69). Y entre mis propuestas finales figuran las de «reorientar las formas de propiedad, de valoración mercantil, de útiles financieros, de relación laboral y de protección social» (p. 229). Incluso el cuadro de síntesis que aparece en esa misma página incluye mi propuesta de «revisar la actual teoría de la propiedad...».

Y en lo que concierne a la distribución, por ejemplo, en la página 7 suscribo unos bellos párrafos de J.S. Mill (1848) en los que, tras decir «no veo que haya motivo para congratularse de que personas que son más ricas de lo que nadie necesita ser hayan doblado sus medios de consumir cosas que producen poco o ningún placer, salvo como representativos de riqueza...», concluye que «[...] lo que se necesita desde un punto de vista económico es una mejor distribución», con ánimo de apuntar que la situación actual revaloriza esta apreciación. Todo lo tocante a la por mí denominada «Regla de notario» y a la aplicación de la metáfora «depredador-presa» tiene que ver con el tema de la desigual distribución y con relaciones de poder que acrecientan la polarización social. Cuando la referencia a esta polarización es una constante en todo el libro, no entiendo cómo Etxezarreta puede decir que «presenta a la sociedad como un conjunto homogéneo de seres sin diferencias de poder». En el capítulo sobre la mitología del trabajo, además de criticar la teoría neoclásica de la distribución y señalar por qué se encuentra científicamente

superada, me decanto a favor de «paliar, tanto las flagrantes desigualdades actuales —corrigiendo la creciente asimetría observada entre la retribución y la penosidad del trabajo [reflejada en la “Regla del notario”]— como la actual dicotomía entre el paro y el trabajo compulsivo»..., además de proponer medidas orientadas a «reducir el trabajo penoso y dependiente, a favor de actividades económicas más gratificantes y libremente guiadas por afanes de creatividad e intercambio solidario...».

¿Cómo es posible que Etxezarreta afirme, en contra de toda evidencia, que acepto el *statu quo* de la propiedad y la distribución, que ignoro su importancia, que no hablo de redistribución o que considero la sociedad como un conjunto homogéneo de seres...? Con independencia de que en el fragor de la crítica Etxezarreta desbarre, interpreto que tiene algunas razones subyacentes para hacerlo. La principal es que la crítica económica, mayoritariamente practicada desde el marxismo, se centra en el empeño de mejorar la mala distribución de los ingresos y de socializar la propiedad de los «medios de producción», como panaceas capaces de resolver, mediante el «desarrollo de las fuerzas productivas» tanto los problemas sociales, como los ecológicos (interpretando estos últimos como un problema de distribución o «racionamiento» de los recursos naturales, como hace Harich [1975] en el libro al que Etxezarreta dice que no hago referencia). Y siendo *distribución y propiedad* la piedra angular de este discurso crítico habitual, a Etxezarreta le saben a poco mis referencias al tema. Además de molestarle que ponga en duda que la mera corrección de éstas vaya a arreglar los problemas ecológicos actuales y afirme la necesidad de instalar «reglas del juego» que incentiven la conservación ya sea con propiedad pública o privada.

Porque mi preocupación no es tanto discutir la distribución o la propiedad «de la

tarta», como la naturaleza de la propia «tarta» y la noción de sistema económico que la define, que estas críticas acostumbran a soslayar. Considero que no sólo hay que discutir la distribución de «la riqueza social» de la que habla Etxezarreta, sino la propia noción usual de *riqueza*. Trato de trascender, así, la —cada vez más carente de contenido— *metáfora de la producción* y la *mitología del desarrollo* que reposa sobre ella y de formular metáforas alternativas que ofrecen versiones y percepciones diferentes de la realidad económica, que subrayan precisamente situaciones de polarización y de dominio que soslayaban los enfoques económicos ordinarios y dedico a estos aspectos buena parte del libro.⁸

No es un secreto para nadie que el marxismo utiliza, en lo económico, las mismas categorías de *producción y desarrollo* de la economía política, con lo que adopta la misma ideología del progreso económico de esta última. Como no podemos detenernos aquí en enjuiciar las elaboraciones económicas de Marx y del marxismo,⁹ con sus diferentes aspectos y matices,¹⁰ me permitiré hacer un simple recordatorio: que tanto Marx, como sobre todo el marxismo, hicieron las veces de caballo de Troya de la ideología económica dominante, al divulgar en el seno del movimiento crítico al capitalismo la metáfora de la *producción* y la *mitología del desarrollo económico*, sobre las que se articula la noción usual de sistema económico. Y al mantener el mismo afán «desarrollista»¹¹ y la misma idea de *sistema económico*, con su carrusel de la producción y del consumo, se incapacitó a este movimiento para idear verdaderas alternativas.

Tal vez porque Etxezarreta no quiere ver que oriento mi crítica hacia esa noción usual de *sistema económico* que comparten tanto la economía estándar como el marxismo, en vez de orientarla sólo en criticar el sistema económico capitalista, pueda decir que encuentra en el libro «una fuerte reticencia

a penetrar en el fondo del sistema [capitalista]» añado yo, para que tal afirmación pueda tener algo de sentido... Es falso que la palabra beneficio aparezca solo «una o dos veces en el texto»: aparece 28 y varias veces la palabra lucro u otras análogas. Como también lo es que no mencione «la palabra especulación» cuando, entre otras cosas, concluyo que la actual burbuja inmobiliaria ha tenido el desastroso efecto de «extender el virus de la especulación por todo el cuerpo social» (p. 253). Y desde luego, resulta totalmente falso que no haga «ni una sola referencia a la concentración y acumulación de capital», cuando llevo incluso a postular que «nos encontramos en una tercera fase de acumulación capitalista, todavía escasamente analizada»: tras la «acumulación primitiva» de capital «cobró fuerza la acumulación propiamente capitalista, analizada por Marx y otros autores, basada en las “plusvalías” obtenidas de la producción y venta de mercancías. Sin embargo ahora asistimos a una tercera ola de acumulación de capital realizada por un reducido grupo de enormes empresas transnacionales a base de crear dinero por el procedimiento antes mencionado, para comerciar con el patrimonio vinculado al capitalismo tradicional y al desmantelamiento del sector público. La idea de que el juego económico apunta siempre a la *producción* de riquezas sirve para ocultar la vertiente predominantemente *adquisitiva* del mismo... que lejos de ser algo “primitivo” u “originario” en la historia del capitalismo, sigue estando a la orden del día...» (p. 205).

Lamento que, pasados veinte años de la primera edición de mi libro *La economía en evolución* (1987) en el que planteaba ya estos temas, la pobre «economía crítica» siga sin asumirlos de forma generalizada, como atestigua el texto de Etxezarreta que, sintomáticamente, no menciona el interés de desmontar y replantear las metáforas y mitologías encubridoras ya indicadas que

constituyen, insisto, el núcleo duro de la ideología (económica) dominante. Estamos en presencia, una vez más, de esa «trágica perpetuación de malentendidos y creencias que la razón no consigue desterrar...» (p. 113) ni siquiera dentro de la llamada «economía crítica», lo que facilita que los dogmas de la ideología económica dominante sigan gozando de buena salud.¹²

Quiero añadir otras razones que pudieran dar pie a algunas de las críticas que Etxezarreta me imputa, como la presunción de que concedo «una importancia muy subordinada a lo social», o que «los aspectos políticos, institucionales y sociales reciben un tratamiento muy somero, si alguno». Sobre todo cuando Torres también apunta que «quizá se echa en falta... algo sobre... la interconexión entre la actividad económica y la generación de los valores y vectores éticos, de los que en última instancia van a nacer las preferencias y, por tanto las conductas legitimadoras o rebeldes de los seres humanos»... o que «quizá hubiera que considerar [más] el papel de la ética, del poder y de los valores subjetivos en la actividad económica». He de confesar que tengo en elaboración desde hace años un libro que revisa y replantea las actuales ideas de individuo, de sociedad y de sistema político, que —junto con la de sistema económico— configuran la ideología hoy hegemónica en el mundo que ampara las actuales relaciones de dominación, cuyos materiales¹³ no he querido incluir en el libro objeto de los presentes comentarios, al considerar que éste tenía ya entidad propia y que no era conveniente engordarlo y bifurcarlo demasiado. Ello quizá justifique la percepción de que estos temas éticos, políticos y socio-institucionales, en los que el poder y la propiedad ocupan un lugar importante, deberían, y sin duda podrían, haberse tratado más a fondo en el libro que hora nos ocupa, pero eso no quiere decir que se haga abstracción de ellos.

NOTAS

1. Mis preocupaciones por la filosofía de la ciencia me llevaron a contactar hace tiempo con el director de esta revista, Fernando Quesada, y con otros miembros del Instituto de Filosofía del CSIC, al igual que mis andanzas intelectuales explican mis contactos con investigadores de otros institutos del Consejo y de diversas facultades y departamentos universitarios.

2. Afortunadamente, en este caso el libro se ha defendido por sí mismo: ya agotada la primera edición, está en prensa la segunda.

3. También me identifico mucho con la obligadamente escueta reseña que hizo del libro Federico Aguilera en el *Boletín Bibliográfico* de la Universidad Complutense, que puede encontrarse en: <http://www.madrimasd.org/cienciaysociedad/resenas/ensayos/resena.asp?id=244>

4. Creado por Joseph Déjacque (Nueva Orleans, 1857) en una crítica a las posturas machistas de Proudhon. Véase Pelosse, V. (1972) «Joseph Déjacque et la création du néologisme “libertaire” (1857)», *Cahiers de l’I.S.E.A.*, Série S «Economies et Sociétés», n.º 15, Socialisme, Science et Éthique, pp. 2.313-2.349. En ese mismo Cuaderno se publica el texto completo de Déjacque, «De l’être humain mâle et femelle. Lettre a P.J. Proudhon», pp. 2.351-2.368.

5. No sé por qué, recuerdo las palabras de Chéjov cuando, forzado a posicionarse, decía en su carta a A.N. Plescheyev: «no soy liberal, ni conservador, ni gradualista, ni anacoreta, ni indiferentista...».

6. En el libro pongo como ejemplo del establecimiento de redes, instituciones y criterios claros y transparentes orientados a regular y facilitar el ejercicio de la libertad, la aplicación, tras la Revolución Francesa, del sistema métrico decimal, para unificar el sinnúmero de unidades de medida y el enjambre de jurados que certificaban su validez, que eran asilo de discrecionalidad, corrupción y continuos pleitos.

7. Estas propuestas han sido apoyadas desde las filas de la economía ecológica por autores tan representativos como Herman Daly, en algunos de los trabajos referenciados en mi libro objeto de estos comentarios.

8. Cuando aplico nuevas metáforas, enfoques y palabras para llevar más allá de lo que permiten los análisis al uso, la elaboración de críticas y alternativas al panorama actual, las percepciones de Etzezarreta de que trato de dar «cal pero también bastante arena», de que «hay territorios en los que rehúso entrar», dando la impresión de que trato de ajustar mi discurso a los límites de «lo políticamente correcto», me hacen dudar seriamente de que haya captado de verdad la profundidad del mismo: creo que Etzezarreta confunde la sutileza y el matiz de la redacción con «lo políticamente correcto».

9. Hay que diferenciar entre la obra de Marx, que trasciende ampliamente el campo de lo económico, y la versión sacralizada de la misma, más centrada en este campo. La frase de Marx «yo no soy marxista» señalando su afán de distanciarse de los primeros conatos de sacralización, invita a matizar este proceso analizado en el texto de Maximicen Rubel «La légende de Marx au Engels fondateur» (incluido en el mismo n.º de *Cahiers de l’ISEA*, antes citado, con los textos de Déjacque y de Pelosse, por lo que resulta doblemente interesante); en el mismo sentido fue la carta del viejo Marx a la populista rusa Vera Zatulich.

10. Como en otra ocasión lo hice: véase Naredo, J.M. (2003, 3.ª ed. actualizada) *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Madrid, Siglo XXI eds., cap. 12: «Las elaboraciones económicas del marxismo» pp. 147-181. En este capítulo se documenta, entre otras cosas, el rechazo explícito de Marx y Engels al segundo principio de la termodinámica y cómo, cien años después, la ortodoxia marxista seguía manteniendo la misma postura para preservar la fe en el progreso indefinido ligado al «desarrollo de las fuerzas» productivas, a base de ignorar la vertiente destructiva de dicho desarrollo.

11. El carácter «productivista» del marxismo tradicional y su incompatibilidad con la conservación del planeta fue vista y denunciada por algunos autores marxistas que captaron la trascendencia de este desafío, siendo marginados por la corriente principal (véase

por ejemplo, Martínez Alier, J. y J.M. Naredo (1982) «A marxist precursor of energy economics: Podolinski», *The Journal of Peasant Studies*, vol. 9, n.º 2, enero; o la versión previa en castellano titulada «La noción de fuerzas productivas y la cuestión de la energía», *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n.º 63-66, mayo-diciembre, 1979).

12. Precisamente, respondiendo al subtítulo del libro *Más allá de los dogmas* destino la Se-

gunda parte del mismo a reflexionar «Sobre la persistencia de los dogmas».

13. Un anticipo de estos materiales en curso vio la luz como amplia monografía publicada bajo el título «Bases sociopolíticas para una ética ecológica y solidaria», en el libro colectivo *La globalización de los derechos humanos*, Madrid, Talasa, 2004, pp. 206-227, derivado de las IV Jornadas Internacionales de Derechos Humanos, Sevilla, 2003.